

# LAS RELACIONES SOCIALES DE PODER Y SU CORRESPONDENCIA CON EL ESPACIO EN *LA CIUDAD Y LOS PERROS*, DE MARIO VARGAS LLOSA

**CARLOS GIOVANI DUTRA DEL CASTILLO\***

Universidade Federal do Rio Grande (UFRG), Programa de Pós-Graduação em Letras (PPLetras), Rio Grande, RS, Brasil.

Recebido em: 18 mar. 2018. Aprovado em: 2 maio 2018.


Como citar este artigo: CASTILLO, C. G. D. Las relaciones sociales de poder y su correspondencia con el espacio en *La ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa. *Cadernos de Pós-Graduação em Letras*, v. 18, n. 3, p. 56-73, 2018. doi:10.5935/cadernosletras.v18n3p56-73

## Resumen

El presente estudio se fija en el análisis de la obra *La ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa, sobre dos aspectos principales: las relaciones sociales de poder y el doble espacio (ciudad y colegio militar), como expresión de tales interacciones sociales, entre los personajes de esa novela. Vargas Llosa sintetiza una crítica feroz de la sociedad peruana, de la que el colegio militar es un microcosmos y la ciudad, el macrocosmos; los cuales retratan dichos problemas sociales.

---

\* E-mail: giovanidelcastillo@gmail.com

 <https://orcid.org/0000-0002-2559-1228>

## Palabras clave

Novela hispanoamericana; crítica social; espacios narrativos.

## INTRODUCCIÓN SOBRE LA NOVELA

En *La ciudad y los perros* (1962), Vargas Llosa busca emplear a todos los aspectos posibles de la realidad, de crear lo que llama de “la novela totalizadora”. De ahí, la riqueza de sus procedimientos técnicos: no es posible enfrentarse a una realidad múltiple, ambigua y, muchas veces, contradictoria, por medio de los viejos recursos de la novela realista tradicional. Como consecuencia, para expresar su visión de la sociedad peruana en toda su complejidad, el novelista abandona por completo la narración lineal – constituida solamente de un narrador omnisciente de tercera persona – y utiliza una rotación entre diversos narradores–personajes (ni siempre es fácil identificarlos), por lo tanto, configurados en la primera persona.

La intención de esa variedad de narradores, que no lo saben todo, pero instituyen su óptica particular sobre los hechos narrados, es multiplicar los puntos de vista sobre la trama, poniendo en práctica a esa visión totalizadora de la novela, sin abarcar únicamente a una fuente narrativa omnisciente, la cual también está presente. Además, la riqueza estética de la narrativa de Vargas Llosa se configura también en la manera como los espacios se establecen en dicha novela. Ellos son fundamentales para la interacción de los personajes, bien como sus puntos de vista narrados concretamente confluyen entre dos mundos – el de la ciudad de Lima y el del colegio militar Leoncio Prado. Más que espacios estrictamente físicos, son ambientaciones sociales y psicológicas que mezclan recuerdos de la vida de Vargas Llosa (alguien que vivió en la capital peruana, Lima, y estudió en un colegio militar, en los años 50) en memorias personales superpuestas en las características de los principales personajes. Así, el título de la obra, *La ciudad y los perros*, ya determina la importancia del enlace narrativo de los personajes como narradores y sus relaciones con los espacios de la *ciudad*, por un lado, y del colegio militar de cadetes, por otro, que cuando ingresan nuevos alumnos, se los llaman por el apodo de “*perros*”.

De esa forma, los personajes transitan en dos espacios esenciales de la trama que marcan sus vidas y sus realidades de maneras distintas: la ciudad de Lima representa el macrocosmos de la novela, y el colegio militar, el microcosmos

del mundo habitado de los personajes. Por ende, Vargas Llosa utiliza a la realidad múltiple de la sociedad peruana, traducidas por distintas voces del medio social (cada personaje es el emblema de determinada clase social), cuyo mundo o ambiente de interacción se resume a la ciudad y al espacio educativo del colegio.

Así que, en suma, lo notable de la novela es la descripción del problema humano, de las llagas sociales, instituidas por relaciones de poder, vistas desde la perspectiva de jóvenes con déficit de formación familiar que, quizás, la mayoría de ellos sean afectados por situaciones de vida difíciles. Además de presentar la riqueza de los varios fragmentos de la vida peruana y de la sociedad urbana en crisis, sin lugar a dudas, *La ciudad de los perros* genera al lector una reflexión con muchos matices de interpretación, como las expresiones distintas de la sociedad y del espacio dual “macrocosmos– microcosmos”, que son, respectivamente, ciudad y colegio, como espejos y ambientes de tal sociedad. Veamos a continuación como se instauran, narrativamente, esos dos mundos en la novela y sus relaciones sociales de poder que son intrínsecas a esa realidad.

## EL MACROCOSMOS: LA CIUDAD

El espacio urbano de la ciudad como una especie de macrocosmos significa una ambientación cargada de elementos psicológicos y sociales, detallando las relaciones de los personajes en ese universo mayor de la vida social. Los personajes que son del colegio militar suelen interaccionar con los civiles en la ciudad, cuando salen a los fines de semana o se escapan del colegio. Llama a la atención la minucia narrativa con que Mario Vargas Llosa se configura y describe a ese macrocosmos. Puesto que, muchas veces, en la novela, utiliza el artificio de la descripción detallada de las calles de la ciudad de Lima, con su intenso movimiento de personas, haciendo con que el lector vuelva al paisaje de lo que sería la capital peruana, en el auge de los años 50. Son presentadas, por ejemplo, las diversiones de la juventud burguesa, con algunos personajes del colegio entre ellos, retratadas de una forma nostálgica (probablemente memorias autobiográficas): el cine de un determinado local, las playas más frecuentadas y de la moda, entre otras actividades de la creciente urbanidad de aquella época.

Asimismo, la ciudad sintetiza un plan espacial que denota las diferentes clases sociales, siempre por la óptica de los personajes, sin un narrador en

tercera persona, algo que desarrollaría una visión más neutral. Se evidencian las castas o posiciones sociales, de acuerdo con la forma de poder y capacidad de sumisión hacia su alrededor, conforme a una jerarquía bien establecida, en donde unos personajes están, claramente, por encima de otros, en cuanto a su estirpe social alcanzada. Cada barrio o rincón familiar expuesto en la narrativa accede a un prisma de la realidad del poder establecido en dichas relaciones sociales.

Entre las formas de poder que predominan en ese macrocosmos de la ciudad, se encuentran el dinero, la fuerza y la violencia. En este sentido, el dinero, en *La ciudad y los perros*, no sólo garantiza las comodidades adquiribles con él, sino que es también sinónimo de prestigio y de superioridad. Con dinero no sólo se compran lujos, también se compran conciencias y favores. La fuerza y la violencia también actúan como un poderoso mecanismo de coerción social, aunque con menor alcance que la seducción del dinero, que, en el desarrollo de la historia, percibimos como ese tráfico de influencias está impregnado en todas las instancias del poder. Con fuerza se doblega, se oprime, se intimida y, a fin de cuentas, se domina igual que con el dinero. La jerarquía del poder divide a los personajes de la ciudad en dominados y dominadores, unos y otros, víctimas a su vez de la degradación y de la ambición. El barrio de Miraflores es el primer espacio del macrocosmos, en que vamos a ver dichas relaciones sociales entre los personajes.

## EL BARRIO MIRAFLORES Y LA HIPOCRESÍA DE LAS RELACIONES SOCIALES

Es un barrio de clase media-alta, con una urbanidad desarrollada, la cual posibilita a los jóvenes de pasearse en sus coches pomposos. Los lugares del barrio son muy atractivos, una vez que es un rincón urbano que posee parques, piscinas, la playa de Miraflores, clubes, los refinados cines Ricardo Palma, entre otros sitios destinados para el divertimento. Sin embargo, la iglesia del barrio significaba el lugar ideal para que todos mantuviesen un “estatus de apariencia”, necesariamente instituido por los rígidos códigos sociales, e hipócritas, de la época. Por ello, sutilmente, Vargas Llosa critica a ese mundo burgués de Miraflores. Un ejemplo dentro de la novela, son los habitantes de la

calle Diego Ferré, destacándose entre ellos, la familia del personaje principal Alberto, llamado por el apodo de “El poeta” (los apodos ya demarcan características personales y sociales en la novela), quienes, pese a su reciente descenso en la escala social, se precian de tener servidumbre, un apellido y ser, en palabras del padre, “gente bien nacida”. La vida de Alberto en la ciudad con sus amigos denunciaba el estatus social elevado de ese espacio urbano, presentada por un narrador omnisciente:

Eran discusiones vibrantes, que caldeaban las mañanas húmedas de Miraflores. A su espalda, por el Malecón, pasaba una línea ininterrumpida de vehículos; a veces, un pasajero sacaba la cabeza por la ventanilla para observarlos; si se trataba de un muchacho, sus ojos se llenaban de codicia. El punto de vista de Alberto solía prevalecer, porque en esas discusiones ponía un empeño, una convicción que fatigaban a los demás. Descendían muy despacio, desvanecido ya todo signo de polémica, sumidos en una fraternidad total, que se traslucía en las miradas, en las sonrisas, en las palabras de aliento que cambiaban. En la mañana debían ir a misa del Colegio Champagnat de Miraflores; sólo Emilio y Alberto estudiaban en Lima. Por lo general, se reunían a las diez de la mañana en el Parque Central, vestidos todavía con sus uniformes, y desde una banca pasaban revista a la gente que entraba a la iglesia o entablaban pugilatos verbales con los muchachos de otros barrios. En las tardes iban al cine, esta vez a platea, bien vestidos y peinados, medio sofocados por las camisas de cuello duro y las corbatas que sus familias les obligaban a llevar (VARGAS LLOSA, 2000, p. 27).

Como representante urbano de una clase con privilegios económicos, la familia de Alberto goza del prestigio y del poder que les proporciona el dinero. En esta forma de jerarquía, se erige una estructura de poder en la que es la posesión o el acceso al dinero lo que determina, de hecho, el lugar de cada uno de los personajes en la escala social de la obra. En la cima de esta pirámide social se encuentra el padre de Alberto, un hombre rico, elegante, envidiable, “un hombre de mundo”. Este personaje sintetiza la imagen del poder encarnado en lo económico, su posición le permite alcanzar aquello que desea: mujeres, reputación, lujos y dominio sobre aquellos que se encuentran en un lugar inferior al suyo, como es el caso de Carmela, su esposa y de Alberto, su hijo. Consciente de su poder, el padre de Alberto no busca siquiera ocultar sus constantes aventuras amorosas a su esposa, sabe que ésta necesita de él igual que su hijo y bajo este precepto son ellos quienes deben adaptarse a sus normas. Como

se percibe en este fragmento en que Alberto vio al padre engañando a su madre en cierta ocasión:

Alberto – gritó la madre, exasperada –. No dejes que me insulte. No le basta haberme humillado ante todo Lima, quiere matarme. ¡Haz algo, hijo! [...] Alberto tuvo ganas de reír. Una vez había visto a su padre en el centro de Lima, con una mujer rubia, muy hermosa. El padre lo vio también y desvió la mirada (VARGAS LLOSA, 2000, p. 34).

Alberto, que en el fondo reconoce el sufrimiento de su madre, se halla sujeto al padre por la misma relación de dependencia de ella. La realización de sus proyecciones, como estudiar una ingeniería en Estados Unidos, recibir un coche como regalo de graduación, viajar por el mundo, está sometida a la voluntad del padre y, por ende, al poder que éste ejerce a través del dinero. Su padre no mide fuerzas para imponer su voluntad siempre, y a pesar de constantemente traicionar a su madre, todavía consigue humillarla mucho más, una vez que posee el poder económico. Propone que se reconcilien en una relación matrimonial hipócrita y machista:

Vengo a hacerte una propuesta – dijo el padre – Escúchame un segundo. La mujer parecía otra vez una estatua trágica. Sin embargo, Alberto vio que espía a su padre a través de las pestañas con ojos cautelosos. – Lo que a ti te preocupa – dijo el padre –, son las formas. Yo te comprendo, hay que respetar las convenciones sociales. – ¡Cínico! – gritó la madre y volvió a agazaparse. – No me interrumpas, hija. Si quieres, podemos volver a vivir juntos. Tomaremos una buena casa, aquí, en Miraflores, tal vez consigamos de nuevo la de Diego Ferré, o una en San Antonio; en fin, donde tú quieras. Eso sí, exijo absoluta libertad. Quiero disponer de mi vida. – Hablaba sin énfasis, tranquilamente, con esa llama bulliciosa en los ojos que había sorprendido a Alberto – Y evitaremos las escenas. Para algo somos gente bien nacida. La madre lloraba ahora a gritos y, entre sollozos, insultaba al padre y lo llamaba “adúltero, corrompido, bolsa de inmundicias (VARGAS LLOSA, 2000, p. 35).

Al principio, la madre de Alberto rechaza esa propuesta, pero, para sorpresa del lector, sucumbe a las convenciones sociales de la época, dejando su dignidad de lado y decide retornar junto al esposo que puede garantizarle el tipo de vida que solía llevar. El perdón de Carmela representa el triunfo del poder económico sobre su conciencia: tanto ella como su hijo perecen al dominio del padre y a la subyugación del dinero. Así, el machismo de la época

imperar ya que las mujeres no estaban acostumbradas a vivir solas e independizarse financieramente de sus maridos.

Otro punto interesante es la discusión traída por Mario Vargas Llosa hacia los jóvenes de la sociedad peruana, los cuales aprenden de sus padres el ejercicio del poder y acaban reproduciendo el mismo carácter dudoso de ellos. Así lo deja entrever Alberto, al decir el motivo que entró al colegio Leoncio Prado, de una forma irónica, pues “honor” significa poder y apariencia: “– ¿Por qué entraste al Leoncio Prado? [...] Alberto se rio. Dijo: – Para salvar el honor de mi familia...” (VARGAS LLOSA, 2000, p. 51). Además, Alberto lo demuestra que fueron malas notas en el colegio anterior que hicieron que su padre decidiera imponerle disciplina, a través del colegio militar, para salvar ese “honor” familiar (o mejor, mantener el *estatus quo* de la posición social):

Algunos cursos están mal –dijo Alberto–. Pero lo importante es que salvé el año. –Cállate –dijo el padre–. No digas estupideces. (La madre lo miró, contrariada.) Esto no ha ocurrido nunca en mi familia. Se me cae la cara de vergüenza. ¿Sabes cuánto tiempo hace que nosotros ocupamos los primeros puestos en el colegio, en la Universidad, en todas partes? Hace dos siglos. Si tu, abuelo hubiera visto esta libreta, se habría muerto de la impresión (VARGAS LLOSA, 2000, p. 86).

## LA VIOLENCIA URBANA Y LA FUERZA COMO IMPOSICIÓN EN LAS CLASES SOCIALES MÁS HUMILDES

Otro personaje fundamental en la novela es Ricardo Arana, o mejor, “El Esclavo”, su apodo en el colegio militar. Su familia pertenece a la clase obrera de la ciudad, y como en la ciudad cada estrato social se desarrolla en una forma concreta de poder, el barrio Lince, en que ellos viven, denota esta subestructura de poder, cuyas características se erigen a partir de la fuerza y la violencia. El padre de Ricardo ocupa un lugar privilegiado en esta jerarquía de fuertes y débiles, destacándose negativamente por su agresividad y rudeza. Su machismo y poder de “hombre” se manifiesta sobre su esposa y su hijo sin la menor consideración de la fragilidad y la inocencia de éstos. Con su mano de hierro este personaje somete a su voluntad a los suyos, los hace objeto de sus deseos y caprichos.

Entonces, usa de violencia para dominar a su esposa y a su hijo Ricardo, El esclavo. Éste, por haber sido criado en medio a mujeres, su tía Adelina y su

madre, conociendo su padre sólo después, no entiende y teme a la dureza del padre que, para él, se constituye en una constante violencia a su naturaleza sensible y su temperamento tímido y asustadizo. Conforme esta parte:

¿Eres un hombre? Responde. –Sí – balbuceó –. Fuera de la cama, entonces – dijo la voz – Sólo las mujeres se pasan el día echadas, porque son ociosas y tienen derecho a serlo, para eso son mujeres. Te han criado como a una mujerzuela. Pero yo te haré un hombre (VARGAS LLOSA, 2000, p. 66).

Con el propósito de hacerlo “más” hombre, su padre lo obliga a estudiar en el colegio militar Leoncio Prado. Para Ricardo Arana, es una buena forma de escaparse a tantas humillaciones y maltratos de su padre. Además, puede hacerse más viril, algo exigido en la sociedad de la época, como dice, en su destacado machismo, su padre: “Ah, las mujeres – dijo el padre, compasivamente – Todas son iguales. Estúpidas y sentimentales. [...] Anda, muchacho, explica a esta mujer que entrar al Colegio Militar es lo que más te conviene” (VARGAS LLOSA, 2000, p. 80). No obstante, la naturaleza de Ricardo es ajena a este principio, de ahí que su vida tanto en la ciudad como en la institución militar sea una constante cadena de humillaciones y maltratos. Incapaz de soportar el peso de la estructura de poder que lo envuelve, Ricardo muere como víctima de una sociedad en la que la grandeza se define a partir de atributos externos y cualidades machistas efímeras.

Vargas Llosa, dentro de ese macrocosmos de la ciudad, evidencia otro tipo de violencia en dicho barrio humilde, que va más allá de lo físico o psicológico: se trata de la violencia social. La injusticia, la pobreza y el abuso marcan la vida de los personajes que como Teresa y su tía se enfrentan día a día a las vicisitudes de la precariedad y el hambre. Alejadas del poder y de la protección de aquellos que lo ejercen, estas mujeres soportan el peso de una sociedad que no está hecha para débiles y desheredados y, en ese sentido, Teresa se acuerda de su padre, que la abandonó, así como su madre, por no tener condiciones de criarla:

La casa era un hediondo cementerio de botellas y el padre dormía a pierna suelta [...] hablando en sueños contra los ricos y las injusticias de la vida. Era bueno, pensó Teresa. Trabajaba toda la semana como un animal. Tomaba para olvidarse que era pobre (VARGAS LLOSA, 2000, p. 101).

La única salida, en las aspiraciones de la tía de Teresa, quien se encargó de criarla, reposaba en la idea de casarla con un hombre que pudiera mantenerlas



a ella y a su sobrina: “–Pero no te das cuenta. Me quedaré ciega y nos moriremos de hambre, si no haces algo. No dejes escapar a ese muchacho. Tienes suerte que se haya fijado en ti...” (VARGAS LLOSA, 2000, p. 33). Esa presión social era común cuando se quería estabilidad económica, la cual se basaba únicamente en el hombre, como jefe de familia. El destino y bienestar de la mujer parece hallarse siempre sujeto a la figura protectora y proveedora del hombre, sólo a través de éste puede acceder al poder, aunque siempre hallándose en un escalón inferior al de su marido, en una frecuente desigualdad hecha de sumisión absoluta a la figura masculina. El modelo de poder de la ciudad se asienta en la imagen de una sociedad machista y autoritaria que tiende a aniquilar al individuo para afirmar su propio orden, su ley. A través de la diferenciación y la exclusión se crean los ideales de una sociedad que se corroe a sí misma, mientras reproduce sus formas. La diferenciación social, por ejemplo, la vemos en este pasaje:

Alberto pensó en la gente que encontraba los sábados en los autobuses de la Perla o los tranvías Lima–Callao: corbatas chillonas, olor a transpiración y a suciedad; en el Expreso se veían ropas limpias, rostros discretos, sonrisas –. ¿Y tu carro? –preguntó Alberto. – ¿Mi carro? – dijo el de los mocasines – De mi padre. Ya no me lo presta. Lo choqué (VARGAS LLOSA, 2000, p. 36).

También la violencia y rivalidad entre barrios, como espejos de las diferentes clases sociales, lo vemos en este fragmento:

En ciertos barrios hallaron resistencia: burlas y sarcasmos de los hombres, desaires de las mujeres. Pero en la Quinta de los Pinos la hostilidad de los muchachos del lugar se traducían en violencia. Cuando el Bebe comenzaba a rondar a Matilde, una noche lo asaltaron y le echaron un balde de agua [...] (VARGAS LLOSA, 2000, p. 83).

Finalmente, la ciudad y la sociedad como reflejo de ésta, así como de un sistema de valores, es criticada por Mario Vargas Llosa, con una visión esencialmente pesimista, para algunos, pero realista para muchos. El autor supo destacar los problemas sociales que muchos no ven, que hacen parte tanto del individuo como de lo colectivo, en un complicado y lento proceso evolutivo de todos los entes involucrados. Ejemplo de eso está en el epílogo de la novela – parte de la estructura narrativa tradicional en que se narran el desenlace, o sea, lo que ocurrió con los principales personajes – en que se concluye la ideología

del autor, a través de un refrán: “...en cada linaje el deterioro ejerce su dominio. Carlos Germán Belli” (VARGAS LLOSA, 2000, p. 141). La crítica es pertinente y feroz, a punto de que retrate a la principal ciudad, Lima, “[...] como la ciudad más corrompida del mundo [...]” (VARGAS LLOSA, 2000, p. 40), con un realismo que, en lo mínimo, arde e impresiona, a quienes no soportan la indiferencia, cuando se trata de mejorar su entorno social.

## EL MICROCOSMOS: LA CORRUPCIÓN INTERNA EN EL COLEGIO MILITAR LEONCIO PRADO Y EL “CÍRCULO”

Hasta ahora hemos hablado del macrocosmos, representado por la ciudad y la sociedad limeña. En un contrapunto de ese espacio mayor, tenemos al colegio militar Leoncio Prado, en donde se centran las principales acciones de los personajes, en este mundo social en miniatura, con sus reglas propias de convivio que van más allá de las reglas militares ya instituidas. Con eso, estamos hablando del “microcosmos” de la novela: el mundo visto y vivido por los internos de un colegio militar. Jóvenes de todos los rincones del Perú son enviados al Leoncio Prado para ser “adiestrados” en el arte del poder, en donde tienen la obligación de respetar la jerarquía militar. Institución que, por su ideología, estructura y función, representa, en su más alto grado de expresión, los valores de una sociedad dominante y represora que pretende formar a sus hijos en los preceptos que ella misma profesa. En el Leoncio Prado se manifiesta, por concentración, los vicios del poder arraigados en el seno de la ciudad; sus estructuras jerárquicas y prácticas despóticas son una reproducción aún más intensa y arbitraria de la sociedad.

Militares y estudiantes saben que tanto en la institución como fuera de ella, la ley imperante es la de la imposición y el dominio de los débiles. Por esta razón, fuera de la jerarquía oficial de la institución, los estudiantes establecen un sistema de poder autónomo, bajo el cual parecen reclamar su derecho de ser también amos y jefes de las cuadras. Bajo la denominación de “chivos y perros”, estableciendo un poder paralelo al ya existente en ese ámbito militarista, los jóvenes conforman la nueva estructura de dominados y dominadores, donde unos son los que obedecen y los otros los que imponen su voluntad y su orden. Una idea de eso, tenemos en este pasaje, en el que Alberto, El poeta, le explica a su amigo, El esclavo, la importancia de imponerse en el colegio, sea por malicia, sea por medio de la fuerza:

Es por eso que estás fregado – dice Alberto– Todo el mundo sabe que tienes miedo. Hay que trompearse de vez en cuando para hacerse respetar. Si no, estarás reventado en la vida. – Yo no voy a ser militar. –Yo tampoco. Pero aquí eres militar, aunque no quieras. Y lo que importa en el Ejército es ser bien macho, tener unos huevos de acero, ¿comprendes? [...] Yo no quiero ser militar, pero aquí uno se hace más hombre. Aprende a defenderse y a conocer la vida. [...] Yo me hago el loco, quiero decir el pendejo. Eso también sirve, para que no te dominen. Si no te defiendes con uñas y dientes ahí mismo se te montan encima. (VARGAS LLOSA, 2000, p. 9).

Los chivos son los estudiantes que ya estaban en el Leoncio Prado, mayores y más distinguidos en la disciplina del poder que los cadetes recién ingresados, los perros. Estos últimos, están ahí para servir, obedecer y sufrir las humillaciones a las que los someten los cadetes superiores. A través del “bautizo” de los perros, ritual de iniciación no oficial de la vida militar, los jóvenes pretenden hacer que los novatos sepan su lugar en la jerarquía de la institución. Eso ocurre por medio de una ceremonia brutal, que va desde la burla hasta el abuso físico y mental, para demostrar el orden de poder entre los cadetes. Como vemos aquí, cuando le bautizan al El Esclavo, de una manera cruel y hasta cobarde:

El esclavo estaba solo y bajaba las escaleras del comedor hacia el descampado, cuando dos tenazas cogieron sus brazos y una voz murmuró a su oído: “venga con nosotros, perro”. Él sonrió y los siguió dócilmente. A su alrededor, muchos de los compañeros que había conocido esa mañana, eran abordados y acarreados también por el campo de hierba hacia las cuadras de cuarto año. Ese día no hubo clases. Los perros estuvieron en manos de los de cuarto desde el almuerzo hasta la comida, unas ocho horas. El Esclavo no recuerda a qué sección fue llevado ni por quién. Pero la cuadra estaba llena de humo y de uniformes y se oían risas y gritos. Apenas cruzó la puerta, la sonrisa en los labios aún, se sintió golpeado en la espalda. Cayó al suelo, giró sobre sí mismo, quedó tendido boca arriba. Trató de levantarse, pero no pudo: un pie se había instalado sobre su estómago. Diez rostros indiferentes lo contemplaban como a un insecto; le impedían ver el techo. Una voz dijo: – Para empezar, cante cien veces “soy un perro”, con ritmo de corrido mexicano. No pudo. Estaba maravillado y tenía los ojos fuera de las órbitas. Le ardía la garganta. El pie presionó ligeramente su estómago. [...] – ¿Usted es un perro o un ser humano? – preguntó la voz. – Un perro, mi cadete. – Entonces, ¿qué hace de pie? Los perros andan a cuatro patas. Él se inclinó, al asentar las manos en el suelo, surgió el ardor en los brazos, muy intenso. Sus Ojos descubrieron junto a él a otro

muchacho, también a gatas. – Bueno – dijo la voz – Cuando dos perros se encuentran en la calle, ¿qué hacen? Responda, cadete. A usted le hablo. El Esclavo recibió un puntapié en el trasero y al instante contestó: – No sé, mi cadete. – Pelean – dijo la voz– Ladran y se lanzan uno encima de otro. Y se muerden (VARGAS LLOSA, 2000, p. 19-20).

Más allá de las enseñanzas del colegio, estos jóvenes traen ya dentro de sí la semilla de corrupción, de desigualdad y de ambición de poder que la sociedad ha implantado en ellos. Como aprendices de tiranos, los novatos del Leoncio Prado se inscriben en la búsqueda del poder a través de la fuerza y la violencia. Así, para vengarse del bautizo, los más rudos del grupo de nuevos “perros” fundan un grupo o hermandad llamado “el Círculo”. Percibimos, en esta parte, el momento en que ese grupo se forma y decide reaccionar con más violencia a lo que habían sufrido en el bautizo:

Dicen que el bautizo dura un mes – afirmó Cava. No podemos aceptar que todos los días pase lo que hoy. El Jaguar asintió. –Sí dijo –. Hay que defenderse. Nos vengaremos de los de cuarto, les haremos pagar caro sus gracias. Lo principal es recordar las caras y, si es posible, la sección y los nombres. Hay que andar siempre en grupos. Nos reuniremos en las noches, después del toque de silencio. Ah, y buscaremos un nombre para la banda. – ¿Los halcones? – insinuó alguien, tímidamente. – No – dijo el Jaguar– Eso parece un juego. La llamaremos “el Círculo” (VARGAS LLOSA, 2000, p. 22).

En el “Círculo”, los códigos y las prácticas militares se conjugan con la tradición cultural dictada por el machismo, el orgullo y el clasismo. El honor, la fuerza, el valor, el respeto, la valentía, la hombría, son conceptos que esos jóvenes adaptarán a su visión del mundo para imponer su propia doctrina del poder. Así, la hermandad del Círculo que conforman los cadetes de tercero, bajo liderazgo de El Jaguar, se enfrenta todo el tiempo con el grupo de los chicos, quienes eran la autoridad del momento, a través de la imposición de un régimen del terror que avanza la novela, hasta que termina por someter a sus propios miembros. Y la venganza de ese grupo, por medio de la violencia entre sus rivales, es lo que los hace sentir fuertes, como vemos:

La venganza es dulce, nunca he gozado tanto como ese día en el estadio, cuando encontré delante la cara de uno de éstos que me bautizó cuando era perro. Casi nos botan, pero valía la pena, juro que sí. Lo de cuarto y tercero es un juego, la verdadera rivalidad es entre cuarto y quinto. ¿Quién se va a olvidar del bautizo que nos dieron? (VARGAS LLOSA, 2000, p. 25).

El Círculo logra instaurar en el Leoncio Prado una nueva jerarquía a la que todos deben someterse, pues, controlan todo lo que ocurre en el colegio (desde el robo de exámenes hasta el tráfico de licores y cigarrillos en la institución), en una clara reproducción de la sociedad corrupta que hay en las grandes ciudades, como el macrocosmo de la ciudad en esta novela. Dirigidos por el Jaguar y en menor proporción por Cava, Rulos y Boa, estos cadetes sustentan la estructura dominante del grupo del poder, por medio de una ley autoimpuesta de silencio:

Bajo el colchón hay una madera que disimula un hueco, cavado por Paulino con sus manos para que sirva de escondite a los paquetes de 'Nacional' y a las botellas de pisco que introduce clandestinamente en el colegio [...] (VARGAS LLOSA, 2000, p. 45).

Conforme a esos códigos de la hermandad, todos deben lealtad, respeto a sus jefes, pues éstos no sólo simbolizan el poder, sino que representan a su vez, el modelo de hombres que todos quieren llegar a ser. De este modo, la cobardía, la traición y la delación se convierten en manifestaciones de debilidad que sólo conduce a sus actores a ser presas de mayor humillación y dominio. Los propios oficiales del colegio militar saben de las deficiencias sociales que se presentan en esos jóvenes, los cuales entran a hacer carrera militar, además identifican razones para que estén ahí, por culpa de sus padres, los cuales atribuyen la educación al instituto como forma de librarse de sus hijos:

– Son unos delincuentes natos – dijo Pitaluga – No escarmentan con nada. ¿Se dan cuenta? Un robo con fractura, ni más ni menos. Desde que estoy aquí, ya han expulsado a una media docena. – No vienen al colegio por su voluntad – dijo Gamboa – Eso es lo malo. – Sí – dijo Calzada – Se sienten civiles. –Nos confunden con los curas, a veces – afirmó Huarina – Un cadete quería confesarse conmigo, quería que le diera consejos. ¡Parece mentira! –A la mitad los mandan sus padres para que no sean unos bandoleros – dijo Gamboa – Y a la otra mitad, para que no sean maricas – Se creen que el colegio es una correccional – dijo Pitaluga, dando un golpe en la mesa – En el Perú todo se hace a medias y por eso todo se malea. Los soldados que llegan al cuartel son sucios, piojosos, ladrones. Pero a punta de palos se civilizan. Un año de cuartel y del indio sólo les quedan las cerdas. Pero aquí ocurre lo contrario, se malogran a medida que crecen. Los de quinto son peores que los perros. (VARGAS LLOSA, 2000, p.70)

El aspecto psicológico también afecta al aprendizaje de estos jóvenes, pues, esa ley del poder se yergue desarrollando en los cadetes una horrible vergüenza

de ser manso, de ser bueno, de caer alguna vez en la “debilidad de conmoverse”. Y por ello, quien más sufre es el personaje Ricardo Arana, El Esclavo, pues, justamente su característica mayor es de ser sensible y no ser agresivo como los otros lo son. Por lo tanto, se convierte en una víctima de ese sistema de poder cruel y dominador, como se ve en este diálogo que tiene con su único amigo, Alberto:

¿Por qué eres tan rosquete? – dice Alberto –. ¿No te da vergüenza hacerle su turno al Jaguar? – Yo hago lo que quiero – responde el Esclavo – ¿A ti te importa? – Te trata como a un esclavo – dice Alberto – Todos te tratan como a un esclavo, qué caray. ¿Por qué tienes tanto miedo? – A ti no te tengo miedo. Alberto ríe. Su risa se corta bruscamente. – Es verdad – dice – Me estoy riendo como el Jaguar. ¿Por qué lo imitan todos? – Yo no lo imito – dice el Esclavo. – Tú eres como su perro – dice Alberto –. A ti te ha fregado (VARGAS LLOSA, 2000, p. 9).

Para este personaje no hay redención, su único intento de revelarse al sistema de poder del Círculo lo lleva a la muerte. Después de sufrir tantas humillaciones, quedándose preso en el colegio a los fines de semana por eso, no aguantaba la presión y resuelve delatar a quien robó a la prueba de Química, para que pudiera salir después de tanto tiempo, ya que su angustia y presión psicológica eran evidentes:

Podía soportar la soledad y las humillaciones que conocía desde niño y sólo herían su espíritu: lo horrible era el encierro, esa gran soledad exterior que no elegía, que alguien le arrojaba encima como una camisa de fuerza [...] nunca sería como el Jaguar, que se imponía por la violencia, ni siquiera como Alberto, que podía desdoblarse y disimular para que los otros no hicieran de él una víctima. A él lo conocían de inmediato, tal como era, sin defensas, débil, un esclavo [...] El Esclavo pensó: “en el fondo, todos ellos son amigos. Se insultan y se pelean de la boca para afuera, pero en el fondo se divierten juntos. Sólo a mi me miran como a un extraño” (VARGAS LLOSA, 2000, p. 52-54).

El personaje El Jaguar lo asesina en un ejercicio militar de tiros, como venganza a su delación. Los oficiales, encargados del colegio están más preocupados con la repercusión de esa muerte de Ricardo Arana que con el hecho en sí. En verdad, no les importa si el asesinato fue considerado un accidente o no, cuando investigaban el hecho. Lo que quieren es esconder a lo máximo lo ocurrido, para que no se piense que son incompetentes en el entrenamiento de sus cadetes, los internos del colegio:

Todo esto puede ser terriblemente perjudicial – añadió – El colegio tiene enemigos. Es su gran oportunidad. Pueden aprovechar una estupidez como ésta para lanzar mil calumnias contra el establecimiento y, por supuesto, contra mí. Es preciso tomar precauciones. Para eso los he reunido [...] – Especifique que se debió a un error de él mismo. Que no quede la menor duda. Que esto sirva de advertencia, para un cumplimiento más estricto del reglamento y de las instrucciones, etc [...] Reúna a las secciones antes del entierro. Déles una pequeña conferencia. Lamentamos sinceramente lo sucedido, pero en el Ejército no se pueden cometer errores. Todo sentimentalismo es criminal. Usted se quedará a hablar conmigo de este asunto. Recomienden a los cadetes discreción absoluta. Los trapos sucios se lavan en casa. Pasado mañana los reuniré en el Salón de Actos y les hablaré. Una tontería cualquiera puede desatar un escándalo. El ministro reaccionará mal cuando se entere, no faltará quien vaya a decírselo, ya saben que estoy rodeado de enemigos (VARGAS LLOSA, 2000, p. 92-93).

En la parte final de la novela, se evidencian los hechos más graves de ese espacio del microcosmos. Le pesa la conciencia al protagonista Alberto, amigo de la víctima, y resuelve confesar al teniente Gamboa, con gran convicción (a pesar de no poseer pruebas concretas) de que, quien mató El Esclavo fue Jaguar, el líder del grupo Círculo. No sólo cuenta de ese posible asesinato, como también denuncia al grupo por la corrupción frecuente de negociar pruebas robadas, cigarrillos, bebidas alcohólicas, entre otras faltas graves, dentro del rígido sistema militar del colegio. Pero los oficiales, que son responsables por la institución, nunca han sabido de nada:

– Nunca iban a descubrir a Cava, los oficiales no descubren nunca lo que pasa en las cuadras si nosotros no queremos, mi teniente. [...] – ¿Qué es eso del Círculo? –dijo Gamboa. – Son cuatro cadetes de la sección, mi teniente. Mejor dicho tres, porque Cava ya salió. Roban exámenes, uniformes y los venden. Hacen negocios. Y todo lo venden más caro, los cigarrillos, el licor (VARGAS LLOSA, 2000, p. 108).

Al saber de todas esas graves acusaciones, el teniente Gamboa, como gran modelo militar, lleva a sus superiores las denuncias del cadete Alberto, esperando que se investigue y puna a todos los responsables. Sin embargo, se sorprende con la resistencia del coronel, la máxima autoridad del colegio, que ignora los hechos y decide no investigar por temor a que eso “manche” o deshonne a la imagen del colegio. De esa forma, el coronel resuelve hablar con Alberto y

chantajearlo: éste olvida y desiste de acusar a su compañero Jaguar y, en cambio, los oficiales no lo castigan por su costumbre de hacer y negociar “novelitas” sensuales en el colegio:

– ¿Hará todo lo necesario para enmendarse? ¿Tratará de ser un cadete modelo? – Sí, mi coronel. – Ver para creer – dijo el coronel – Estoy cometiendo una falta, mi deber me obliga a echarlo a la calle en el acto. Pero, no por usted, sino por la institución que es sagrada, por esta gran familia que formamos los leonciopradinos, voy a darle una última oportunidad. Guardaré estos papeles y lo tendré en observación. Si sus superiores me dicen, a fin de año, que usted ha respondido a mi confianza, si hasta entonces su foja está limpia, quemaré estos papeles y olvidaré esta escandalosa historia. En caso contrario, si comete una infracción (una sola bastaría, ¿me comprende?), le aplicaré el reglamento, sin piedad. ¿Entendido? –Sí, mi coronel. – Alberto bajó los ojos y añadió: – Gracias, mi coronel. [...] – Un momento, cadete. Por supuesto, usted guardará la más absoluta reserva sobre lo que se ha hablado aquí. La historia de los papeles, la ridícula invención del asesinato, todo (VARGAS LLOSA, 2000, p. 126-127).

Con eso, lo que vemos es que la propia autoridad militar también practica su forma de corrupción, o sea, reproduce las mismas actitudes de burlar el sistema, a través del silencio y del chantaje, como se ve en el discurso del capitán:

– Todos creemos en el reglamento – dijo el capitán –. Pero hay que saber interpretarlo. Los militares debemos ser, ante todo, realistas, tenemos que actuar de acuerdo con las circunstancias. No hay que forzar las cosas para que coincidan con las leyes, Gamboa, sino al revés, adaptar las leyes a las cosas... (VARGAS LLOSA, 2000, p. 130).

Pese a que el teniente Gamboa no quiso olvidar la grave acusación de asesinato, él decide investigar, encontrando fuertes indicios de que Alberto tenía razón. A sus superiores no les gustó nada saber que el teniente seguía investigando, y lo punen, forzando su transferencia a un lugar bien lejos del colegio. Así, es vencido por el poder que corrompe y se siente traicionado por saber que no adelanta mucho creer en el reglamento militar:

– ¿Valía la pena haber dedicado tantas horas a aprender de memoria esas páginas áridas, haber puesto el mismo empeño en el estudio de los códigos y reglamentos que en los cursos de estrategia, logística y geografía militar? (VARGAS LLOSA, 2000, p. 138).



Él recibe el consejo fatal y más realista que podía tener: “– Y, además, no olvide en el futuro que en el Ejército se dan lecciones de reglamento a los subordinados, no a los superiores...” (VARGAS LLOSA, 2000, p. 141). Antes de irse, derrotado por el sistema militar, en el que tanto creyó, el teniente Gamboa recibe un billete del cadete El Jaguar pidiéndole que se encuentren para charlar. Al final de la novela, el misterio de quien realmente asesinó al cadete Esclavo se resuelve, con la confesión de El Jaguar, que admite el asesinato. Aún más sorprendente es el desenlace, pues, el Ejército, al enterarse de la confesión del asesinato, no volverá atrás en su decisión de que la muerte fue un accidente inoportuno, escondiendo la verdad.

Por ello, Vargas Llosa critica en la novela, a esa imposición de un poder arbitrario, como el de la institución militar, que corrompe a todos y desilusiona a los que creen solamente en las leyes, como símbolos de la organización social, coherente y justa. La impunidad y la violencia son retratadas en ambos espacios – macrocosmos y microcosmos – como poderosos tentáculos que hacen parte de todas las clases e instituciones sociales, sea cual sea, su importancia o credibilidad histórica. En el fondo, todos los personajes de *La ciudad y los perros* son víctimas del sistema opresor que rige la sociedad, que corrompe desde la temprana juventud a sus individuos, en un juego de poderes en el que todos acaban participando o sometiéndose, por no lograr confrontarlos. A través de la visión de la ciudad y de la institución militar, Vargas Llosa ofrece dos lecturas complementarias de la corrupción y de la degradación del poder, de una sociedad que se consume a sí misma en su ambición. El novelista construye una radiografía que pone en evidencia los abusos de una estructura opresora, en una sociedad que alimenta los valores de la imposición, en vez de valorizar a los de la justicia y la libertad.

## As relações sociais de poder e sua correspondência com o espaço em *A cidade e os cachorros*, de Mario Vargas Llosa

### Resumo

Este estudo foca na análise do trabalho de Mario Vargas Llosa *A cidade e os cachorros*, em dois aspectos principais: as relações sociais de poder e o espaço duplo (cidade e faculdade militar), como uma expressão de tais interações sociais, entre os personagens do conto. Vargas Llosa sintetiza uma crítica feroz

de uma sociedade peruana, cuja escola militar é um microcosmo e a cidade, um macrocosmo; que retrata tais problemas sociais.

### Palavras-chave

Conto hispano-americano. Crítica social. Espaços narrativos.

## The social relations of power and its correspondence with space in *La ciudad y los perros*, by Mario Vargas Llosa

### Abstract

This study focuses on the analysis of Mario Vargas Llosa's work *La ciudad y los perros*, on two main aspects: the social relations of power and the double space (city and military college), as an expression of such social interactions, among the characters in that novel. Vargas Llosa synthesizes a fierce criticism of peruvian society, of which the military school is a microcosm and the city, the macrocosm; which portray such social problems.

### Keywords

Hispano-American novel. Social criticism. Narrative spaces.

## REFERENCIAS

LOPRETE, Carlos A. *Literatura Hispanoamericana y Argentina*. Buenos Aires: Editorial Plus Ultra, 1998.

SANABRIA, L. *Los impostores del poder en La ciudad y los perros de Mario Vargas Llosa*. Disponível em: <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero47/ciuperro.html>>. Acesso em: 20 abr. 2012.

SHAW, D. L. *Nueva Narrativa Hispanoamericana*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1992.

VARGAS LLOSA, M. *La ciudad y los perros*. Madrid: Alfaguara, 2000.